



¡VAYA OVEJA!
El buen pastor

Yo soy el buen pastor.
Yo conozco a mis ovejas
y ellas me conocen a mí,
así como el Padre me conoce a mí
y yo lo conozco a él,
y doy mi vida por las ovejas.

Juan 10:14-15

Una mañana cualquiera en el prado,
dos ovejas conversaban.

—No entiendo, María Paz —dijo Mela—
, ¿por qué el pastor debe sacarnos to-
das las mañanas a caminar?, ¡odio ca-
minar!

—¿Acaso no quieres comer? —replicó
María Paz al instante—, las ovejas ne-
cesitamos alimento.

—¡Yo lo sé! —respondió Mela, la ove-
jita que se quejaba—, pero... ¡quizás
podría traernos la comida hasta el re-
dil.

—¡Eso es ridículo! —reclamó María Paz
colocando sus patas en la cintura—. Si

quieres comida fresca debes tomarla de los verdes pastos. Si no lo hacemos así, la comida llegaría seca e inservible.

Y así, cada día Mela se quejaba en contra del pastor por todo lo que tenía que esforzarse. Ella pensaba que las maltrataba, y por eso cada día tenía algo malo que decir.

Al día siguiente...

—Si quería darnos agua pudo dejarla en el abrevadero, dentro del redil —suspiró Mela en señal de desagrado.

—Sabes bien que el abrevadero tiene agua empozada —objetó María Paz mientras se saciaba de agua—, la mejor agua de todas es la que sale de este manantial.

—¡No lo sé! —discrepó Mela—, ha sido demasiado esfuerzo venir hasta acá. Cuando regresemos seguro estaremos tan sedientas de nuevo que necesitaremos volver. Definitivamente no es buena idea venir a este manantial.

Y al otro día...

—¿Te has fijado? —susurró Mela a su compañera con actitud sospechosa—. Dice ser el buen pastor, pero siempre anda con ese palo alistándose para pegarnos.

—¿De qué hablas? —dijo María Paz sorprendida—. ¡Jamás nos ha pegado! Sabes bien que la vara sirve para que sepamos hacia dónde dirigirnos. Aunque, bien valdría la pena que la usara para golpear a algunas ovejas que necesitan ser corregidas.

—Si lo dices por mí, mejor arrepíente-te, ¡jum!

Al fin, llegó el día sábado y el buen pastor había planificado llevar a las ovejas a los delicados pastos cerca de la montaña.

—Allí sí que mis ovejas van a estar felices —pensó el buen pastor mostrando una gran sonrisa—, podrán comer de los mejores pastos que existen en la región.

Y salieron a caminar. María Paz iba contenta y confiada de que el buen pastor haría lo mejor para ella. Mela no dejaba de quejarse. El resto de ovejas tenía conversaciones similares, pero ninguna era tan atrevida como Mela, que culpaba al buen pastor de todo el esfuerzo extra que, según ella, debían hacer.

Ya en la mitad del camino Mela se sintió agotada, inclinó sus patas y se echó en el suelo.

—No caminaré más —dijo Mela desafiante—, ha sido suficiente esfuerzo por el día de hoy.

—Está bien —dijo en voz alta el pastor como si entendiera lo que Mela decía—, descansaremos por unos minutos.

Pero los minutos se hicieron horas y con las horas llegó la noche. Las ovejas nunca habían pasado la noche fuera del redil, pero esta vez, por culpa de Mela, todas tuvieron que esperar.

El buen pastor, conocedor de los peligros de la noche, tomó a Mela en sus hombros y la cargó hasta un lugar cerca de la montaña. El resto de ovejas vieron eso y siguieron al pastor. Él sabría qué hacer.

Empezó a levantar con sus propias manos un gran muro sólido hecho de rocas grandes y pequeñas, y puso allí a las ovejas. No le tomó tanto tiempo, pero la noche llegó sin esperar nada.

—¡Auuuuu!, ¡auuuuu! —aullaron los lobos buscando un bocadillo.

—¡Esto es todo! —dijo Mela—, por culpa de este pastor imprudente tendremos que pasar la noche aquí. Seguro los lobos atravesarán esa débil pared que ha hecho.

—Por favor... ¡cállate Mela! —replicó María Paz—, ¿no ves que eres tú la culpable de que estemos aquí?

—¿Culpable yo?, ha sido él, con su vara y su lentitud que no ha sabido

llevarnos de regreso al redil cuando era de día.

—Mela, ¡ya basta! —exclamó furiosa María Paz—, no te hablaré el resto de la noche.

El buen pastor escuchó el aullar de los lobos y pronto se colocó en la parte del muro que parecía más débil. Las ovejitas estuvieron asustadas por algunos minutos, pensando que esa noche sería la última, pero luego se durmieron del cansancio. Al llegar el día, todo estaba bien. El muro no había sido tocado y el buen pastor no había pegado un ojo en toda la noche para cuidar a sus ovejas.

—Ahora, además de todo, tendremos que regresar caminando al redil —profririó Mela quejándose una vez más.

—No has aprendido nada Mela, espero que un día abras los ojos y veas la realidad.

Mela, por primera vez decidió callar. Recordó cómo aquel hombre de quien

se quejaba, la tomó en sus brazos y la llevó hasta un lugar seguro, y también cómo estuvo despierto mientras ella dormía.

Al final solo pudo decir:

—En verdad, él es el buen pastor.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

» ¿Quién es el buen pastor?

» ¿Con cuál de las dos ovejas te identificas?